

DEL FUTURO

Hasta ahora el futuro, desconocido, enigmático, nos es entrañable. Amamos tierna y deliberadamente ese cúmulo de posibilidades que en una imprecisa niebla nos presenta el mañana. Sabemos que esto es un modo sentimental de enfrentarse con la realidad, pero declaramos que no sabríamos estar en un mundo adelantado en donde cálculos exhaustivos previesen con justeza los acontecimientos del devenir.

Con frecuencia se especula con el pasado. Es corriente oír conversaciones o ver escritos, en los que el tema del pasado se conecta con el presente portando el manifiesto deseo de acomodar la realidad actual a un esquema del pretérito.

El escéptico François Rabelais decía que la risa es lo propio del hombre. Esta forma de decir implica una comparación entre el hombre y el resto del mundo animal. Numerosos son los escritores y pensadores que han usado de esta figura retórica para expresar ideas interesantes.

No recordamos ahora el nombre (perdónesenos esta vez el estilo de citar poco riguroso) de un pensador europeo que afirmó que una de las diferencias máximas —o exponente claro de superación de nivel— entre el hombre y el resto del reino animal, es esa maravillosa cualidad que permite al humano ver en el pasado. Perfeccionando esta idea aduce que la humanidad, por este hecho, salió de la oscuridad y que se avecinan tiempos luminosos en los que el hombre añadirá a su sabiduría el conocimiento del futuro.

Aparte de todo lo sabroso que pudiese resultar un comentario de humor sobre estas ideas, cuyo desarrollo dejaremos para otra ocasión, concedamos que la elucubración es lúcida y que se siente a la verdad aletear en el fondo de ella. Veamos, por ejemplo, a grandes rasgos, que el esfuerzo de la ciencia hoy es un intento colosal de

hallar, entender, abarcar, una cohesión total de la realidad, basado en un trampolín empírico que nos permita el salto al porvenir. Así vemos cómo el economista maneja sus cifras del pasado, las reúne, las ordena, casi les da una formación marcial y las hace desfilar ante sus ojos perspicaces con el fin de preguntarles cuál será su conducta en el tiempo venidero. También todos estamos ya habituados a la audición radiofónica de meteorología que, suele ser, una forma de conocer el destino de la biosfera. Y, en suma, toda la acción estadística en cualquier actividad es, al mismo tiempo que un examen del pasado, un tanteo del futuro.

Si en el terreno científico, en cierto modo, la visión del pasado nos puede ayudar para el establecimiento del porvenir, a las relaciones humanas no se debe aplicar, de manera simplista, como pretenden algunos, un ejemplo romántico. Tal vez todo progreso, ya sea en la naturaleza, la ciencia, las ideas, la práctica de las relaciones sociales, la historia, etc., actúa, más o menos, de forma parecida, es decir, procede siempre por tomas de posición bruscas, por avances súbitos, pero la nueva situación alcanzada supone una carga de nuevos factores que no podrán ser ya eliminados. No podemos decir al comerciante de hoy que cifre su lucha en la ganancia de unos céntimos como lo hacía su antecesor feliz en los años veinte, ni a cualquier nación europea que resuelva las dificultades económicas de su industria pesada por medio de un conflicto armado. El comerciante, si se detiene a escucharnos, se hunde fatalmente. La nación no puede seguir el viejo sistema: la terrible potencia de las nuevas armas bélicas ha desbordado totalmente sus posibilidades.

Estas reflexiones nos dejan ver claramente que aún no son llegados los tiempos venturosos en que podamos, situados en un punto (presente) de la recta del tiempo, mirar con serenidad las dos semirectas: pasado y futuro... El futuro] pues, sigue siendo el clavo curvo de la interrogación donde colgamos nuestra esperanza.

ISIDRO MIRANDA MILLARES